

### 3. Un camino de conversión

En el Prólogo de la Regla, la casa de Dios que es el monasterio, es llamada “tienda”, refiriéndose al Salmo 14, que habla del Tabernáculo del Señor sobre el monte Sión. Este término nos trae también la idea de una casa de nómadas, en el desierto, aquella Tienda de la Presencia de Dios que se movía por el desierto junto con el pueblo de Israel, precisamente para que se convirtiese y llegara a ser el pueblo de Dios preparado para entrar en la Tierra Prometida.

También nuestra comunidad es una morada de Dios en la que se camina, en la que Dios camina para conducirnos a una plenitud de vida. Para conducirnos a la vida, el Señor misericordioso se hace Pastor, y nos acompaña en un camino de conversión que nos haga de verdad volver al Padre con toda nuestra vida.

San Benito dice que el Señor nos muestra el “camino de la tienda – *viam tabernaculi*” (RB Pról. 24). Se puede entender como el camino para alcanzar la tienda, pero también como el camino que la tienda nos hace recorrer trasladándose por el desierto.

En todo caso, la referencia al salmo 14 permite a san Benito describir la conversión requerida para vivir en la tienda de Dios y reposar en el monte santo de Dios en estos términos: “Señor, ¿quién habitará en tu tienda, quién encontrará reposo en tu monte santo? (...) Aquel que anda sin pecado, y practica la justicia; el que habla con sinceridad en su corazón; quien no engaña con su lengua; quien no hace mal a su prójimo; el que no le hace mal a su prójimo ni presta oídos a infamias contra su semejante” (RB Pról. 23.25-27; Sal 14,1-3).

Con esta cita del salmo 14 san Benito pide seguidamente un camino de conversión que es un camino de verdad y misericordia en relación con los demás. Desde el inicio de la Regla está claro para san Benito que estamos necesitados de misericordia, y que por esto necesitamos una comunidad fraterna, y que para vivir en ella necesitamos conversión, hacer un camino en el que nuestros corazones se conviertan a la misericordia de Dios en las relaciones con los demás. Es como si Benito nos quisiera engendrar a la misma madurez y paternidad misericordiosa del corazón que le han permitido a él mismo perdonar a los monjes de Vicovaro y que han permitido a su carisma ser fecundo.

Pero ya antes de citar el salmo 14, el Prólogo cita el salmo 33, de que toma también una pregunta y una respuesta. La pregunta es: “¿Hay un hombre que quiera la vida y desee ver días felices?” (Pról. 15; Sal 33,13). La respuesta es: “Si quieres gozar de una vida verdadera y perpetua, ‘guarda tu lengua del mal; tus labios, de la falsedad; obra el bien, busca la paz y corre tras ella’.” (Pról. 17; Sal 33,14-15).

Esta conversión a la verdad misericordiosa en las relaciones descrita del salmo 14 y del salmo 33 no debemos tomarla a la ligera, como si Benito citase estas palabras solo para poner un adorno bíblico al texto del Prólogo. Toda la Regla, en efecto, describe el camino de esta conversión. Sin ella no subimos el monte santo del Señor para habitar con él, es decir, sin ella no hay una verdadera ascesis monástica, no hay ascesis cristiana, no se progresa, no se crece, no nos elevamos. Y sin ella no alcanzamos la vida verdadera, la felicidad y la paz.

Aquí debemos recordar la situación del mundo, de la sociedad en la que vivimos, tanto en Europa como en los demás continentes de donde venís. ¡Cuánta violencia, cuánta mentira, cuánta dureza, cuánta corrupción, cuánto mal! Y la sociedad se siente cada vez más impotente, no sabe cómo responder, cómo defenderse, y, en el fondo, no sabe tampoco qué debe defender... Cada vez que hay una tragedia, las autoridades políticas buscan consolar al pueblo, pero sus palabras no las oímos como verdaderas, sobre todo cuando nos invitan a no temer porque el mal será vencido y sabremos defendernos. Lo máximo que pueden prometer es ser más fuertes que quien ejerce la violencia, poniendo a competir la violencia de los demás con la nuestra. Cuando la defensa de la violencia de los demás se basa solo en la fuerza de nuestra violencia, la paz no se alcanza jamás, se vive cada vez más en tensión, en un brazo de hierro donde cuenta solamente la fuerza de los músculos.

La propuesta de Dios, de Jesús, de san Benito, y hoy del Papa Francisco, es la de oponer a la violencia de la fuerza exterior una fuerza que es de otra naturaleza, una fuerza interior, una fuerza de vida y no de muerte, una fuerza de vida más fuerte que la muerte, la fuerza pascual de Cristo Resucitado que viene a decir a los discípulos encerrados en su miedo: “¡Paz a vosotros!”, y lo hace mostrando las manos y el costado, es decir, las heridas de la Cruz, de la pasión y muerte que vencen al mal y a la muerte (Jn 20,19-20). Hay una debilidad, una fragilidad, hay heridas, hay una muerte que vence la fuerza, la violencia, la seguridad del mundo y permiten una paz verdadera, profunda, fecunda.

Pero esta fuerza interior y profunda pide una conversión, nos pide un camino de conversión del corazón, de la vida, de las relaciones. Ningún político propone una conversión como camino de victoria sobre el mal. Para oponer la violencia a la violencia no es necesaria una conversión, aún más: la conversión es vista como negativa, porque quien vive una conversión del corazón está desarmado, no tiene defensas exteriores contra la violencia, y, por lo tanto, es más vulnerable que quien se arma, quien se defiende, que quien opone el mal al mal, la violencia a la violencia. Quien acepta cambiar interiormente para vencer al mal primero dentro de sí mismo, sigue el camino de Cristo y abraza su vulnerabilidad, la de la Cruz, la de dejarse traspasar el Corazón hasta la última gota de sangre y agua.

El camino de conversión que nos propone san Benito es de esta naturaleza, que es la naturaleza del Evangelio. Es un camino de conversión a la misericordia que nos hace recorrer el camino de conversión que san Benito ha seguido hasta implorar la misericordia de Dios sobre aquellos que querían envenenarlo.

Al comienzo de la Regla, es como si san Benito nos dijese: “Si tú también quieres alcanzar esta misericordia del corazón que perdona con rostro pacífico y ánimo tranquilo a aquel que amenaza tu vida, es decir, a tu peor enemigo, dejando actuar la misericordia de Dios sobre él, y, primeramente en ti mismo, sígueme en el camino que te propongo. De otra manera este no es tu camino, porque no tiene sentido ser monje o monja por otras razones que esta, y la Iglesia y el mundo no necesitan monjes más que para vivir y dar testimonio de esto”.

¡Sobre todo hoy!